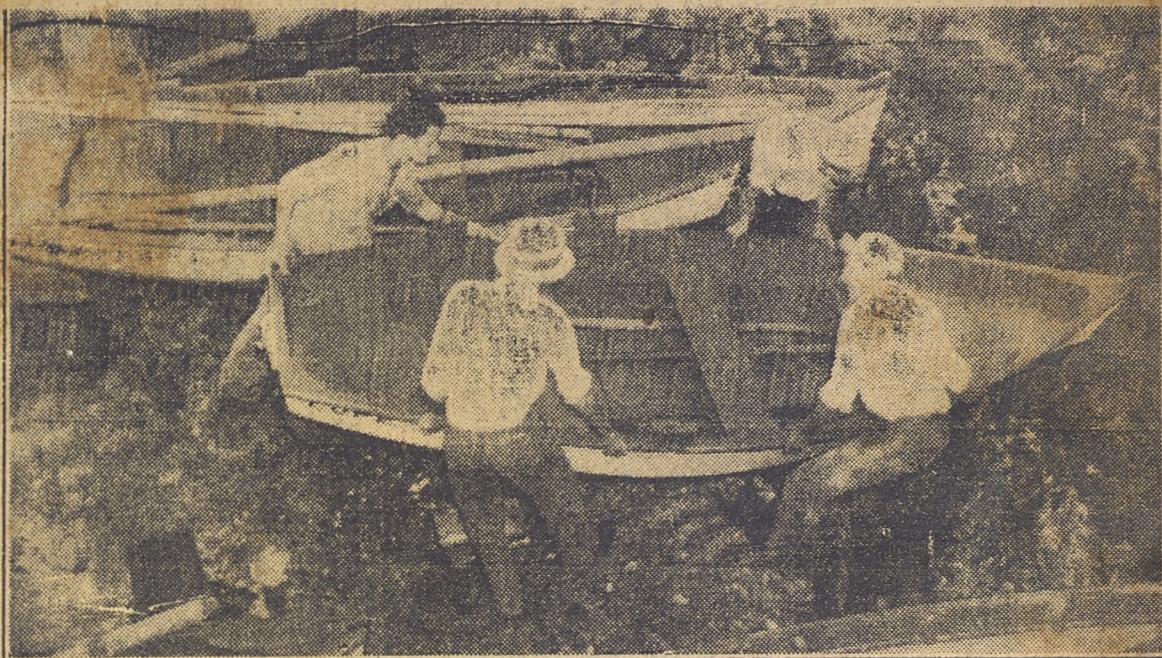


Rápidamente Van Desapareciendo los Viejos Pescadores del Litoral Habanero, Dejando su Triste Historia

Desaparecida la "Caleta de San Lázaro" y la "Cortina de Valdés", se refugiaron en los duros arrecifes. — "Chivichana" se enredó con una aguja y murió del corazón. Lo que cuentan a nuestros repórters antiguos lobos de mar



Llegó la hora! Los lobeznos del mar botan al agua las frágiles embarcaciones en que sus mayores han de embarcar para adentrarse en las tempestuosas aguas en busca del

codiciado pez. ¿Cuántos regresarán? Nadie lo sabe, sólo el destino dueño y señor de sus vidas podrá retornarlos a tierra. Pero los vie-

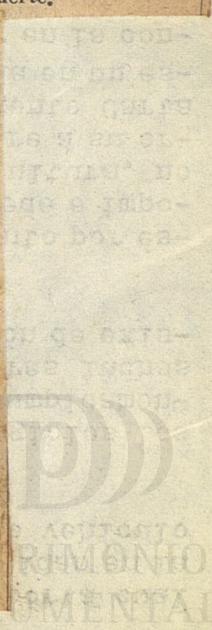
jos pescadores del litoral habanero no temen a los elementos desencadenados; para vivir hay que luchar y sólo caerá en la lucha el que no sea fuerte.

MUY pocos van quedando de los viejos pescadores del litoral habanero. La marcha acelerada del modernismo también los ha tocado a ellos; y los viejos lobos de mar que durante años encontraron acogedor refugio a lo largo del Malecón, hoy se ven desposeídos de lo que siempre consideraron suyo. La poca arena que había en el espacio comprendido desde la vieja Cortina de Valdés a la Caleta de San Lázaro ha desaparecido, y una amenazadora hilera de "dientes de perro" se adentra hacia tierra, haciendo imposible el muelle descanso a sus frágiles embarcaciones, que hoy tienen que izar hasta unos gruesos maderos y tablillas puestas de exprofeso sobre los arrecifes.

Los antiguos pescadores de la caleta que estaba situada junto a la antigua Capitania del Puerto, y los de la Cortina de Valdés, han tenido que llevar sus "cachuchas" a otros sitios. Unos se han unido a los que desafían los embates del tiempo fran-

te al antiguo torreón de San Lázaro, y los más se han dirigido a playas cercanas como Boca Ciega, Cojimar y otras, a buscar en las profundidades del mar el diario sustento para llevar a los suyos. Sólo unos pocos de aquellos hombres curtidos por el sol del trópico, se han quedado donde antes estaba la Cortina de Valdés, cuya arena aparece cubierta ahora por una gruesa capa de asfalto, echada sobre los cimientos de la prolongación del Malecón. Estos, después de la faena diaria, amarran sus esquifes al muelle, donde se toman las lanchas o botes para ir a la Cabaña, o arrear la "potala" cerca del muro, y dejan de esa forma anclada a embarcación hasta por la tarde, en que han de salir de nuevo al mar en busca de la codiciada pesca.

La historia de esos hombres hechos a la aventura marina es difícil de contar en corto espacio, se necesitarían planas enteras para narrar sus vicisitudes y anécdotas siempre cargadas de arriesgadas operaciones sobre las



aveces tranquilas aguas del litoral habanero. Muchos de esos viejos de piel arrugada y quemados del sol permanecen taciturnos junto a su bote; ya sólo sirven para relatar sus aventuras juveniles; sus hijos, que han ocupado su lugar en la búsqueda del pez, son los encargados ahora de batirse con la bravura del mar. Muchos salen y no regresan, la experiencia en cuestiones marineras los pierde: un golpe de viento vira la embarcación, o cuando no una violenta turbonada los aleja de la costa para no verla jamás. Pero ellos siguen la senda trazada, les gusta el mar y no temen a su ira, lo desafían constantemente, y más de uno paga con su vida la osadía de desafiar a los elementos desencadenados sobre la amplia masa de agua.

LA CALETA

Cuentan los abuelos del mar que existía una caleta a la que denominaban "Caleta de San Lázaro". Allí los mozos de cuadra llevaban a bañar los caballos de los porteados que más tarde hacían enganchar a "Calesa" o "el Quitín", para pasar a los señoritos por el viejo Prado. Entonces había arena sobre ella una vez terminada la faena diaria. Como eran pocos no había discrepancias entre ellos; se dividían el trabajo en común, y hoy tocaba a uno cechar el "Chinchorro" y mañana a otro; la pesca entonces daba para solventar las necesidades de los escasos pescadores que entonces había. Así fueron las cosas. Desapareció la caleta, la vida moderna reclamaba el pedazo de mar que les pertenecía, y tuvieron que cederlo. Pronto un muro largo y alto vino a impedir el libre acceso a aquel lugar; después una capa de asfalto cubrió la arena y una línea de tranvía circuló por sobre el asfalto. Ellos, los viejos pescadores, lloraron lo que se les arreba, pero hombre hechos a los embates de la vida, construyeron un maderamen sobre los arrecifes, que ha soportado el desgaste del tiempo. Terminada la obra diaria, subieron allí sus botes y siguieron viviendo. Unos murieron y otros más jóvenes, quedan para contarnos sus vicisitudes. La de ellos es una vida llena de miserias y amarguras, pero la soportan gustosos, nacieron junto al mar y allí terminarán sus días; aman demasiado lo que les queda para abandonarlo.

LOS DEL VALDES

Al prolongarse el Malecón los viejos pescadores de la Cortina de Valdes no se desanimaron; el litoral siempre les brindaría refugio, y los que no fueron a Cojímar o Boca Ciega, pidieron a sus hermanos de la antigua Caleta de San Lázaro, les permitieran amarrar sus embarcaciones allí. Ya no tendrían arena para echar el "chinchorro", pero no importaba, se irían mar afuera a "agujejar" o se dedicarían a la pesca del tiburón. Los más viejos, sin fuerzas

para ir tan lejos, se quedaron, y con ellos muchos jóvenes que empezaban; "Mario" "Pelusa" y otros, sin olvidar a "Liborio" que aunque joven no quiso abandonar a los suyos, se quedaron al lado de los viejos, y se conformaron con amarrar sus botes al muelle o echar sus "potaes" cerca del muro. Los demás se fueron todos, no se ha sabido más de ellos. "Panya", el viejo botero de las grandes travesías (Caballería Casa Blanca o Cabaña), los extraña, eran sus compañeros de charla cuando amarraba su "guadaño" al muelle para esperar algún "marelante" que transportara al otro lado de la bahía.

A LA MAR

Son las seis de la tarde, los pescadores que van a la busca del pargo o la rabirubia se aprestan a la faena; preparan sus cordeles y examinan las "cachuchas" para cerciorarse de sus condiciones marineras; hay que ver que estén bien encerradas las junturas del fondo para que no vaya a calar al agua y zozobre la embarcación. Preparan las velas, pues las necesitarán para volver a tierra y no tener que hacerlo a golpe de remo; se han de alejar cuatro o cinco millas de la costa y la boga es insoporrible, necesariamente tienen que recurrir a la naturaleza para que los ayude, con un buen viento se llega pronto a tierra y se venderá al momento el producto arrebatado al mar. Terminados los preparativos a las siete y media de la noche son lanzados los botes al mar, los farales son encendidos y se despiden de los que se quedan en tierra con un, hasta luego! que parece prometer una esperanza de retorno.

Los que no van a la pesca del pargo y otros peces sabrosos se quedan durmiendo en los propios botes, han de salir por la mañana y necesitan reposo. Estos son los encargados de "agujejar" y pescar el tiburón.

EL REGRESO

A las ocho de la mañana, después de una noche de constante vigilia, regresan los que a la mar fueron; unos han tenido suerte y otros han sufrido los embates del destino. Se ayudan unos a otros para subir sus embarcaciones al tablado, y acto seguido se cuenta la pesca obtenida. Cada cual sube al muro del Malecón y pregona el "parguito acabado de pescar"; muchos tienen suerte y lo gran vender su pieza a los escasos clientes que llegan a comprarla en chaloradas máquinas, pagando por ella una miseria; los más tienen necesariamente que ir a "morir al mercado", donde se compra por libras m pagadas.

A "AGUJEAR"

A las siete de la mañana, cuando el lañchón de la basura enfila el canal del puerto para ir a arrojar sus desperdicios mar afuera, los pescadores de agujas y tiburón sacan sus botes al agua; muy pocos son los que van, esta pesca hoy día no produce casi nada y es difícil y arriesgada. Los jóvenes amantes de la aventura se lanzan en seguida a las embarcacio

EV. L. G. A. I. R. O. N. I.

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

de los botes en
de los botes
de los botes
de los botes
de los botes

nes, algunos viejos los siguen, pero ya están muy gastados para esos peligrós. Los cabos son atados al bote que sigue al lanchón y a las tres millas comienza la dur atarea. El voraz tiburón sale a flote a comer el desperdicio, y es este el momento aprovechado por los lobos de mar; entre el desperdicio se han tragado algún anzuelo y comienza la lucha. Tras el forcejeo a pita con el escualo es arrojado a la banda del bote, entonces el "bicheo" se encarga de consumir la obra: dos porrazos aplicados a la cabeza de la bestia marina lo dejan en defensa y es izado a la embarcación. Luego a tierra, a la plaza, y a venderle a bajo precio las aletas a los chinos.

La aguja, en cambio, es más trabajosa de atrapar. Una vez que ha mordido el anzuelo es peligrosa. Hay que "darle cordel", o de lo contrario saltará al bote y atravesará al que encuentre a su paso. La herida que produzca casi siempre es mortal, pues no se cierra tan fácilmente. Por eso, los pescadores la temen, y a pesar del pánico que sienten cuando el animal se revuelve airado contra ellos, les gusta arponearla, porque el peligro los atrae y se sienten fuertes al luchar con un pez que puede causarles la muerte.

ENTRE ELLOS

El repórter llega a la antigua Caleta de San Lázaro, donde una veintena de hombres de mar alistan sus avíos para lanzarse a la pesca. La presencia allí de un hombre con su cámara no es extraña, otras veces han ido a retratar ahogados Bajamos el muro, caminamos por sobre el tablado de madera en que descansan los botes y nos acercamos al grupo. Están entretenidos preparando sus pitas y apenas se dan cuenta de la presencia del extraño. Cuando lo notan sonríen y preguntan el motivo de nuestra presencia.

José Leon Garrido, de 52 años, es uno de los más viejos pescadores del lugar, vivió los tiempos de la Caleta y cuenta en su haber más de una hazaña temeraria. Le hablamos y nos responde gustoso. Lleva entre los suyos desde el año 1907, en que vino de Vuelta Abajo; ha tenido sus aventuras, y orgulloso presenta en su brazo izquierdo un prolongado sureo. En la mordida de un tiburón pero no obstante, sigo en la pesca, me gusta y terminaré mi vida dedicado a ella; no tengo familia, y por tanto nada me preocupa.

"CHIVICHANA"

Se mueven las conversaciones sobre los accidentes del mar, y los hombres hacen coro alrededor del repórter, y Garrido. Cada cual quiere contar su historia, pues todos la tienen en mayor o menor grado.

El mismo Garrido nos habla de "Chivichana", no se acuerdan de su verdadero nombre. Sólo saben que salió una vez a "agujejar", y cuando va creía tener su pieza cobrada, una vez me aguja salió del agua y casi echa a pique la embarcación; sorprendido por el tamaño del pez y por su terrible acometida, se sobrecogió y murió de un colapso cardíaco; su compañero lo trajo a tierra en el mismo bote, y fué sepultado el mismo día. Otros muchos de los allí reunidos tratan de contar su historia, pero no hay espacio y tiempo para todos, el que no ha sido atravesado por una aguja ha estado a punto de ser devorado por los tiburones, y él que no ha pasado su susto cuando a tres o cuatro millas de la costa lo ha sorprendido una turbonada sin saber nadar y sin poder apenas maniobrar el bote por el furor del vendaval.

DESAPARECERAN

Ahora que estamos allí, los viejos pescadores aprovechan para pedirnos interpongamos nuestros oficios ante las autoridades, ya que según se dice, entre poco no les quedará ni ese único refugio. Se les pretende echar de allí, y eso no debe ser. Dicen que ellos se bañan a la vista del público,

y es incierto. Una manada de mozambetes que vagan por el Malecón son los que se bañan en el litoral y ellos, que sólo se buscan el sustento a orillas del mar, son los que cargan la culpa. Si los arrojan del único refugio que les quedan ¿qué será de esos pobres hombres? Ya en todo lo largo del litoral no hay dónde cobijarse y se verá impelidos a arrostrar una existencia más perentoria que la que hoy llevan, teniendo en cuenta que si se les echa de ese lugar, aumentarían con su presencia el número de desocupados existentes en la Capital.

ADIOS

Con la promesa de ocuparnos de ellos con más frecuencia, nos despedimos de los viejos lobos de mar, y cuando regresamos al periódico, allí en el muro del Malecón, varios jovencitos tiraban unas pitas entre los arrecifes y pensamos que esos pueden ser en el futuro, los nuevos pescadores de la vieja Caleta de San Lázaro.

M. A. P.

Handwritten signature: Luis, 22/3/37

HERNANDEZ
PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA